

---

## Ciencia y conocimiento

---

### Ciencia y sociología del conocimiento

Michel Mulkay, *Scienza and sociology of Knowledge*, George Allen & Unwin, Londres, 1979, 132 pp.

Este libro es una bien elaborada defensa de la sociología del conocimiento contra sus propias inhibiciones para tratar las ciencias exactas como temas de investigación más que como modelos de rol idealizados. La primera sección presenta el punto de vista habitual (estándar), que durante tanto tiempo ha sido preferido por los sociólogos. Mulkay nos pone honestamente —y placenteramente— ante un caso de dependencia cultural interdisciplinaria. Ha habido, por cierto, un persistente esfuerzo por parte de los sociólogos del conocimiento y de la ciencia en particular, así como de los sociólogos en general, por eximir a las ciencias “duras” de la mancha de la determinación sociológica. Este fenómeno es en sí mismo uno de los temas de la sociología del conocimiento. Tal vez como resultado de una profunda necesidad de legitimarse, la sociología desarrolló una manera mítica de concebirse a sí misma, según la cual aparecía como una “joven disciplina” que iba por las huellas trazadas por las ciencias avanzadas. Esta autoconcepción mítica condujo al fetichismo del método científico y a la “sacralización” de la

ciencia natural, como si siguiendo las recetas de esta última uno pudiera obtener sólidas credenciales en la investigación en ciencias sociales. Sociólogos del conocimiento como Karl Mannheim trataron de contener la autorrelativización del pensamiento restringiendo las consecuencias epistemológicas de su enfoque a campos ajenos a las ciencias naturales. Los sociólogos de la ciencia, por su parte, intentaron entonces reconstruir la ciencia social a partir del modelo de la ciencia natural y de esa manera reforzaron en lugar de debilitar las versiones idealizadas de ésta. De hecho, hasta una época bastante reciente, la especialidad de la sociología de la ciencia ha sido una especie de club de admiradores de la ciencia natural. Sus interrogantes básicos eran: ¿Cómo pudo desarrollarse esta maravilla de objetividad que es la ciencia natural? ¿Cuáles son sus avales normativos? ¿En qué condiciones culturales prospera? ¿Cómo se desarrollan las vocaciones dentro de su universo? En su búsqueda de respuestas para esos interrogantes, los sociólogos de la ciencia procuraban demostrar las afinidades electivas entre la ciencia natural y el *ethos* de la modernidad. La ciencia aparecía como una empresa enteramente racional perfeccionable, pública, no constreñida, abierta, liberal y meritocrática. En resumen, como un mundo de verdad que era también un mundo de libertad, razón

y justicia. Actualmente tendemos a tratar este cuerpo de aseveraciones con esa especie de distancia confundida y crítica con que a veces vemos las viejas películas. El libro de Mulkay tiene el mérito de presentar y sintetizar las razones de nuestro actual escepticismo. La visión habitual de la ciencia no resiste un examen serio. Y exámenes muy serios han sido producidos por filósofos, historiadores y los propios científicos. Los entusiastas sociológicos de la visión estándar de la ciencia —así como las élites modernizadoras de algunos países subdesarrollados— se han quedado así con una pieza obsoleta en el equipo, adquirida como si fuera la última novedad.

En el capítulo 2 Mulkay expone un conjunto bastante impresionante de argumentos que desafían los principales dogmas de la visión estándar, concernientes a la presunta uniformidad de la naturaleza, la visión de la explicación científica como segunda naturaleza y la adecuación de las observaciones. En oposición a estos dogmas, el moderno análisis filosófico postula que la uniformidad no es una propiedad de la naturaleza sino una función de las explicaciones, que hechos y teoría son mucho más intrincadamente interdependientes que lo que se suponía, y que la observación científica no está separada en absoluto de la interpretación. El quid de estas revisiones de la concepción habitual de la ciencia es que las pautas aplicadas a la selección de presuntos conocimientos no son inherentes a la estructura del mundo físico. Esta conclusión tiene consecuencias de largo alcance para el tipo de sociología de la ciencia que se considera legítimo y posible. Según las palabras de Mulkay: "La sociología nada puede decir acerca de la forma o el contenido del conocimiento científico mismo, porque las conclusiones de la

*ciencia fueron pensadas para ser determinadas por el mundo físico y no por el mundo social"* (p. 60). Actualmente la metaciencia nos cuenta una historia muy diferente, e implícita o explícitamente exhorta a un análisis sociológico de la ciencia que es más que subordinado al mito de la objetividad inmaculada. En la segunda mitad del libro, Mulkay esboza las líneas generales de una sociología renovada de la ciencia que ya no esté enfrentada con los títulos permanentes, aunque encapsulados, de la sociología del conocimiento.

El capítulo 3 analiza la reciente obra empírica sobre las dimensiones sociales y cognitivas de la comunidad de investigadores científicos y desarrolla un modelo tentativo para el análisis de la producción social de conocimiento científico, que está en armonía con la nueva filosofía de la ciencia. Mulkay sostiene que el conocimiento es producido mediante la negociación, el resultado de la cual depende del uso de los recursos tanto sociales como técnicos por parte de los participantes. Mulkay muestra, asimismo, de qué manera los recursos culturales son extraídos del contexto social más amplio e incorporados en el cuerpo del conocimiento certificado.

En el capítulo final, el tema principal es "el movimiento de recursos interpretativos dentro y fuera de la comunidad de investigadores" (p. 121) o, en otras palabras, el condicionamiento de las pretensiones técnicas y sociales de los científicos debido a su posición en el contexto político.

Este libro es una bienvenida adición a una renovación —todavía tentativa pero, en mi opinión, irreversible— de la sociología del conocimiento a través de un audaz reexamen de las contingencias de la producción de conocimiento en las sociedades avanzadas así como de sus vínculos con los procesos sociales más amplios. Al reu-

nir y sistematizar varios hilos de la reciente investigación, Mulkay ha hecho mucho por la conjunción de dos especialidades sociológicas —la sociología del conocimiento y la sociología de la ciencia— que el antiguo tabú acerca de la ciencia natural había mantenido separadas.

*Juan E. Corradi.*

### La autonomía de la ciencia

Maurice N. Richter, Jr., *The Autonomy of Science*, Schenkman Publishing Company, Cambridge, Massachusetts, 1980.

*The Autonomy of Science* [La autonomía de la ciencia] es el sugestivo título del tercer libro que este sociólogo norteamericano ha publicado durante los últimos años. En los anteriores, especialmente el que dedicó al estudio de la ciencia como proceso cultural, hemos conocido sus exposiciones dirigidas a los aspectos de la ciencia en su relación con la sociedad. Richter, en su enfoque de la sociología de la ciencia, ha tomado una de sus vertientes menos fáciles de analizar desde el punto de vista empírico, la que se ocupa de las ideas y los conceptos que son el sustrato de los aspectos organizativos e institucionales de la ciencia. Por lo general no maneja materiales mensurables, aunque hace referencia frecuente a los datos de los trabajos de otro de los planos del estudio sociológico: los análisis cuantitativos, sin los cuales la realidad social que corresponde a la actividad científica no puede ser entendida integralmente.

Antes de entrar de lleno al comentario del libro, es necesario puntualizar lo que el autor entiende por

“autonomía” en la ciencia, ya que su empleo puede sugerir una idea no pretendida y que es la que se relaciona con el enfoque no valorativo y ascético del producto cultural que representa la ciencia. Para Richter el concepto de “autonomía” no debe entenderse en el sentido de que “la comunidad científica pudiera constituirse en algún momento en una sociedad independiente y autosuficiente, sino más bien en la presencia de una relación que une a la ciencia con los otros componentes de la sociedad y que le permite desenvolverse en direcciones que no siempre pueden ser controladas por esos otros componentes”.

Los ocho capítulos que integran el libro están dirigidos a comprobar este concepto de autonomía y su tratamiento se resuelve en el capítulo final que constituye un resumen de lo que se desarrolla en los siete precedentes, particularmente a partir del cuarto de ellos; que indudablemente son los de mayor atractivo por su novedad.

Para quienes hemos dedicado ya algún tiempo al estudio de la ciencia y su quehacer, este trabajo de Richter presenta dos planos en su tratamiento que parecerían estar dedicados a dos núcleos de estudios: la primera parte —hasta el capítulo tres— recoge algunos conceptos comunes a la sociología de la ciencia como son los relativos a su crecimiento o desarrollo, su organización interna y sus relaciones externas. Los puntos e incisos que se desmenuzan en cada tema han sido tratados constantemente en los trabajos de carácter teórico, en algunos de ellos con mucha mayor profundidad y originalidad, como lo han hecho el sociólogo inglés Michael Mulkay o el colega búlgaro Niko Yahel, por mencionar sólo a los más recientes, o en años anteriores el propio Merton o Ben-David. Lo anterior no significa que esta primera